

Asociación de planes y proyectos comunitarios

DEMOCRACIA PARTICIPATIVA Y CRISIS DE LA POLÍTICA
La experiencia de los planes comunitarios

Fuerteventura, Marzo 2.002

Marco Marchioni

Las ya numerosas y difusas experiencias de los planes comunitarios a lo largo del país están poniendo de manifiesto, si se quiere de manera implícita, dos grandes cuestiones. Por una parte ponen en evidencia la obsolescencia y/o ausencia en el territorio de los partidos políticos y de las organizaciones que consideramos como fundamentales en un sistema democrático representativo, como los sindicatos y la asociaciones de vecinos.

Por la otra, allí donde los planes comunitarios han avanzado aparecen cada vez con mayor evidencia formas concretas de participación, no sólo para la solución de importantes problemas locales, sino como experiencias de verdadera democracia participativa.

Todo esto me lleva por lo tanto a pensar que en estas experiencias hay algo más de lo que comúnmente se le suele atribuir: una forma local de mejorar algunos aspectos de la vida social y colectiva a través de la participación de un número importante de personas y contando con un mínimo de apoyo económico por parte de las instituciones más directamente concernidas: los ayuntamientos y la administración autonómica.

Sin un orden de prioridad podríamos intentar enunciar una serie de elementos que nos parecen muy relevantes y directamente relacionados con los dos grandes temas que aparecen en el título de este trabajo:

- La crisis de la política –y por ende de los partidos, que representan los ejes centrales del sistema constitucional existente- es evidente por muchos y diferentes aspectos que aquí podemos exponer sintéticamente y que tendría que ser objeto de estudios en profundidad. La ausencia de estudios demuestra una falta de interés para profundizar en estas cuestiones básicas en un sistema democrático. (La “izquierda” tendría que ser la primera interesada en ello y sin embargo en su seno este debate es prácticamente ausente. El tímido intento, por ejemplo, de consultar los militantes a la hora de elegir candidatos por parte del Partido Socialista, como en el caso de Borrell, ya se sabe como terminó.). Los partidos gobiernan o hacen oposición desde las instituciones y desde los medios de comunicación (aquí no estamos juzgando como gobiernan) y han perdido totalmente sus relaciones directas con la ciudadanía, dejando esta función primaria a los ridículos sondeos del CIS, con la más aun ridícula valoración de los líderes y de la intención de voto. Como se dice normalmente los partidos se acuerdan de la ciudadanía en el momento electoral. Aquí existe la trampa de las antidemocráticas listas cerradas y el electorado ni siquiera puede elegir entre los diferentes candidatos: sólo puede votar la lista y tragarse el número uno aunque no lo considere a la altura de la situación. A nivel municipal –es decir el nivel más importante para la democracia directa- el alcalde, por gracia de la vieja Ley de Régimen Local, más que un *primus inter pares* (primero entre iguales) es un auténtico poder autocrático pudiendo cesar y nombrar concejales a su personal criterio. Si gobierna gracias a un pacto entre diferentes fuerzas políticas o personas, los términos reales de este pacto y sus contenidos sólo lo conocen los directos implicados (por allí germina el cáncer del transfuguismo). Si gobierna con mayoría absoluta ...

Los reglamentos de “participación ciudadana” (que realmente son reglamento de las relaciones del ayuntamiento con las asociaciones de vecinos) están muertos por inanición y nadie plantea nuevas propuestas en esta dirección.

De la vida interna de los partidos no se sabe nada, sino en momentos puntuales y por temas muy importantes. Los mecanismos decisionales escapan totalmente no sólo al control sino al conocimiento de la población. Las personas que militan en los partidos son poquísimas en proporción a la población. Se puede hablar claramente de crisis de la militancia y de la afiliación. Sin embargo los partidos siguen siendo por la Constitución los elementos fundamentales del sistema. No resulta demagógico ni perverso afirmar que: la vida política no está basada en la participación, sino en la *delegación pasiva* de la ciudadanía a los representantes de los partidos en todos los niveles del sistema político e institucional (aun siendo consciente que un sistema representativo se basa en la delegación). Pero si la delegación es “pasiva”, esto genera una actitud

generalizada de desinterés hacia la política. Cuando no cunde como ahora en mucha gente la idea de que quien se mete en política lo hace para cuidar sus propios intereses. (Tengo que decir que parece existir una única excepción y es la del país Vasco donde hasta tenemos ejemplos totalmente opuestos).

Desde la experiencia de los planes comunitarios y a título de conclusión parcial se puede afirmar que los partidos son ausentes de los procesos participativos desde abajo, no están presentes en el territorio con la gente en la vida normal y cotidiana.

- Parece que el modelo de funcionamiento de la televisión, en el que el programa que más audiencia tiene es el buen programa y que por lo tanto todo vale, ha llegado a ser la referencia fundamental de la vida política. Muchos elementos parecen indicar que los partidos están dispuestos a renunciar a sus valores y a sus auténticas opciones a cambio de los votos para gobernar. De aquí que sea tan fácil renunciar a su papel pedagógico en la sociedad, a la defensa de determinados principios y valores; y a la acción para su aceptación por parte de la ciudadanía. De todo eso ha sido ejemplo la reciente petición del secretario general socialista de más policía frente a la creciente, se dice, inseguridad ciudadana. Lo sorprendente del caso no es tanto la petición en sí, sino la ausencia de cualquier referencia a cómo superar la causa profunda de la anunciada inseguridad: la gente pide más policía, pidamos entonces más policía renunciando de paso a modificar las condiciones de injusticia, desequilibrio, discriminación y guetización de amplios sectores de población, determinadas todas ellas por el modelo de crecimiento económico y social impuesto en estos últimos veinte años y resumidos magistralmente por el Presidente Aznar en su famosa entelequia “España va bien”. O por Berlusconi con frases similares.

Hay otro ejemplo reciente: la reacción de los partidos de izquierda a la propuesta de reforma educativa del Partido Popular. Lo único que han sabido decir es que es una reforma franquista. Han tenido que esperar a que el gobierno sacara su propuesta, que estaba en su programa electoral, y no han sabido adelantarse con su propia propuesta para mantener los elementos positivos de la Logse, absolutamente válidos así como eran y son manifiestamente inválidos la organización del sistema educativo y su funcionamiento real que produce un fracaso endémico que afecta substancialmente a las clases populares. La burguesía hace años que se ha ido a la escuela privada.

Asistimos a la duplicidad de los cargos: presidente del gobierno y presidente del partido en el PP; secretario general y candidato a presidente en el PSOE, con una concentración absoluta de poder en una persona y llegando al ridículo que todo el mundo piensa que el próximo presidente del gobierno será elegido directamente por el actual; reproduciendo en términos europeos y democráticos la tragicomedia del hijo del presidente comunista de Corea del Norte, sucesor del padre.

- El hecho de no renunciar a sus valores, principios y finalidades supondría un cambio tan profundo en su manera de ser que los partidos no parecen dispuestos a asumir (me refiero concretamente a los partidos de izquierda en este caso), ya que esto supondría una ruptura total con el modelo que ha dominado hasta ahora su vida y su forma intrínseca de ser. Este modelo ha sido el modelo bolchevique que surge en un determinado momento histórico y en determinadas condiciones sociales, económicas y políticas de Europa y de Rusia en particular. Probablemente en esas circunstancias no había otro modelo posible. Pero lo trágico es que con todo lo que ha pasado en la ex Unión Soviética y con los cambios sociales que se han producido, seguimos todavía funcionando en lo básico como en aquellas circunstancias (aunque conviene recordar que le propio Marx, en la parte más débil de su aportación científica, profetizaba con Engels la revolución en el país más adelantado, Alemania, y no en el país más feudal y atrasado, Rusia.).

En esencia el modelo que yo llamo bolchevique se basa en la existencia de una vanguardia – fundamentalmente intelectual y burguesa- capaz de hacer un diagnóstico social y económico de una realidad y de elaborar, en consecuencia, un programa que, teniendo principio y finalidades

predefinidas, fuera capaz de cambiar radicalmente la situación. El programa, elaborado por esa vanguardia había luego que hacerlo aceptar por las masas. Inicialmente a través de un proceso dialéctico (que implica una cierta participación de las masas), luego cada vez más sin dialéctica, más bien con una imposición creciente hasta la eliminación de todos los que expresaban dudas, oposición y diferencias. Aun a costa de ser criticado creo que aquí está la génesis del estalinismo.

El modelo conllevaba otros elementos degenerativos como la profesionalización de los políticos, la aparición y el creciente peso de los aparatos burocráticos, la idolatría del jefe, la eliminación de las minorías y, sobre todo, el enroscamiento de la vanguardia cada vez más alejada del pueblo y de las masas y, por ende, de la realidad y de la vida.

Este modelo sigue, en lo fundamental y en lo filosófico, en pie (afortunadamente hoy no se pueden eliminar físicamente los adversarios políticos), ya que la distancia entre los partidos –encerrados en las instituciones- y la población, sigue. Los programas y los diagnósticos siguen siendo elaborados por una vanguardia que controla el partido y los aparatos. Los programas se imponen con los medios de comunicación, con las campañas de prensa, etc. pero siguen haciéndose sin la participación real de la gente. Los partidos y sus aparatos confeccionan las listas (cerradas) y que no dan opción alguna de elección entre los candidatos. Yo voto la lista y ya me viene dado el presidente del gobierno.

- Lo que hemos aprendido de los planes comunitarios es que la participación empieza siempre desde el diagnóstico y no cuando éste está hecho (por la vanguardia de turno o por los técnicos) y a la gente sólo se le pide de participar en algo ya decidido.

El cambio realmente empieza entonces por la forma de hacer el diagnóstico y el programa consiguiente. Tiene que ser de forma participativa y teniendo en cuenta las participaciones de las personas que intervienen: sus opiniones, su manera de ver las cosas, sus propuestas, ... Una forma que permita verificar a la vez nuestros valores y principios (es decir nuestra ideología) con la realidad y también verificar en qué medida la visión de la gente coincide y/o se aleja de la nuestra y por qué.

Esta hipótesis de trabajo sólo tienen dos salidas: por un lado podríamos verificar si nuestra visión es equivocada y en qué medida podría ser corregida antes de aplicar el programa. Por la otra, podríamos darnos cuenta del por qué la gente no entiende y no hace suyos nuestros valores, principios y propuestas.

De aquí surgiría la necesidad de desarrollar un *papel educativo* para ayudar a la gente a comprender mejor la realidad que la rodea y sus verdaderas necesidades.

- Para todo ello es necesario irradiar la política de contenido científico ya que la capacidad actual de la humanidad de analizar y comprender su realidad es hoy mayor que nunca. Sin embargo la ciencia sigue estando fundamentalmente ausente de los análisis y de los programas.

Habría que volver a utilizar el concepto marxiano de *alienación* extendiéndolo del ámbito productivista al ámbito humano y social en general. Esto permitiría que tanto nuestra propuesta como las aportaciones de la población pudieran contrastarse más adecuadamente y con menor peligro de ideologización por un lado y de demagogia por el otro.

Lo que se está planteando es, por lo tanto, un proceso dialéctico entre todos los sujetos y protagonistas de un cambio democrático no impuesto. Si la democracia no es dialéctica y si esta dialéctica no está alimentada por la ciencia sólo nos queda buscar como sea la forma de imponer nuestra visión a los demás y, en términos de política electoral, conseguir la mayoría absoluta en el parlamento. En este sentido y alejándome sólo en apariencia del tema central, considero de extrema gravedad lo que está ocurriendo en España con los *pactos extraparlamentarios* (por el pacto antiterrorista y el pacto para la justicia) entre los dos principales partidos que se están poniendo continuamente de acuerdo fuera del Parlamento, con dos resultados negativos para el sistema

democrático: por un lado vacían de contenido al Parlamento ya que entre los dos llegan al 80% de los parlamentarios y, por el otro, predeterminan de hecho un sistema bipartidista al estilo USA, en contra del pluralismo existente en el país. También llama la atención que ambos peligros no hayan sido denunciados por las demás fuerzas políticas.

- Otra lección que aprendimos de los planes comunitarios es la que el proceso de participación requiere organizaciones abiertas y flexibles, profundamente democráticas, que actúen a la luz del sol dando amplia información de su funcionamiento, actividades, propuestas, etc.

En estas organizaciones no parece útil practicar los métodos normalmente usados como las votaciones y las mayorías y minorías. Los procesos participativos avanzan realmente con el mecanismo del consenso y no por las divisiones en grupos contrapuestos. El consenso y la participación se refuerzan mucho si son alimentados por la aportación científica a la que se hacía referencia. Si la participación no cuenta con el componente científico (es decir la capacidad de comprender mejor lo que nos rodea) sólo puede derivar en confrontación ideológica o de intereses, no siempre legítimos.

- Este tema nos lleva inmediatamente a otro estrechamente vinculado: la participación tiene que ser de mucha gente, aunque participe sólo en una parte del proceso, pero teniendo la visión y la información del todo. Si no es así –y hoy no lo es porque sigue en pie el modelo de las vanguardias- la participación seguirá siendo cosa de pocos y la gran mayoría no se sentirá afectada directamente y seguirá ejerciendo la delegación pasiva. El modelo de participación que seguimos ofertando es el de pocos metidos en todo y muchísimos delegando. Si no se rompe este círculo el proceso no puede avanzar.

La participación siempre supone un esfuerzo y un cierto coste humano, personal y social. Por ello tenemos que practicar formas de participación normalizadas, es decir que pueda practicar cualquier persona sin que su vida se vea alterada. La gente normal tiene que poder participar normalmente, siempre que pueda tener clara las finalidades y la globalidad del proceso y pueda, por lo tanto, colocar su “poca” participación en el contexto general.

- Todo ello plantea la necesidad de un trabajo profesional que facilite la participación, que informe del proceso y que refuerce las organizaciones sociales de todo tipo que a diferente título participan en él, desde su óptica y visión particular. En los planes comunitarios los llamamos equipos comunitarios. Sin embargo, la sociedad actual ha inundado las comunidades territoriales de numerosísimos técnicos que atienden demandas particulares (cada vez más particulares), pero no hay un solo recurso técnico para contribuir y facilitar la participación de la ciudadanía a la “cosa pública”. Por ello este recurso tendría que ser público –municipal en mi visión- para evitar un uso privado del mismo aunque sea de organizaciones no gubernamentales o de voluntariado animadas por las mejores intenciones.

- Y ya por último todo esto nos lleva al tema del papel de la tan nombrada “sociedad civil”. Este término tan ambiguo, como ha demostrado el filósofo Norberto Bobbio, se usa para cualquier cosa y sirve en lo substancial para tapar ideológicamente el abandono por parte del Estado -en todos sus niveles y articulaciones- de sus deberes esenciales resumibles en la necesidad de asegurar los mismos derechos a todo el mundo (cosa que hoy en día no ocurre y que tendencialmente seguirá no ocurriendo). Con la coartada ideológica de la “sociedad civil”, el Estado abandona sus deberes y los cede graciosamente a Ong’s, voluntarios y/o empresas. Da igual. De una forma u otra estamos frente a una privatización galopante con el efecto colateral (daños) de sustituir derechos por regalías y profundizar en la todavía existentes diferencias de clase, contribuyendo a crear de hecho ciudadanos de clase A y ciudadanos de clase B.

La sociedad civil no puede ser otra que la ciudadanía organizada y participativa, pluralista y consciente de su papel y de su aportación al proceso de construcción de una sociedad más democrática, más libre y más igualitaria.

Esta es la política que necesitamos hoy en día y el futuro será de las fuerzas políticas que sabrán correr el riesgo de cambiar y de aventurarse por este camino cuyo resultado nadie puede predecir: no queremos sustituir nuevos dogmas a los viejos , sino sólo avanzar una hipótesis de trabajo que la realidad se encargará de ir modificando, como tiene que ser en un proceso que queremos como dialéctico y profundamente democrático.

Marco Marchioni, 4 de marzo 2.002

Nota: Tendría que resultar claro, por el conjunto del presente trabajo, que quien escribe no está en contra de los partidos, sino solamente de su manera de ser y actuar hoy. Quien escribe ha militado en partidos en toda su vida y sigue considerando la militancia un elemento clave de la política y del sistema democrático. Pero cree que es necesario sustituir las vanguardias y el modelo bolchevique. Atendiendo a las ciencias sociales, hoy necesitamos líderes, pero no vanguardias. Los líderes facilitan el desarrollo y la participación de los demás. Las vanguardias no.